

UNA MUESTRA DE LA ESCRITURA DE FERNÁN CABALLERO SOBRE ANDALUCÍA: *LA ESTRELLA DE VANDALIA*

ROGELIO REYES CANO
Catedrático Emérito de Literatura Española,
Universidad de Sevilla.
Real Academia Sevillana de Buenas Letras

En su biografía de doña Cecilia Böhl de Faber Santiago Montoto nos dice que «Fernán Caballero pintó su Andalucía, la que ella vio en los blancos y rientes pueblos de Dos Hermanas, Carmona, los de la campiña sevillana; los arriscados en las sierras de Aracena y Zufre; los tendidos como bando de pájaros en las faldas de la sierra de Ubrique, en Bornos, y las llanas y soleadas ciudades del Puerto de Santa María y Sanlúcar, brillantes al sol con sus salinas, como damas de corte de la reina de la bahía gaditana»¹. Y ella misma, en una especie de prólogo de su novela *Clemencia*

1. Santiago Montoto, *Fernán Caballero. Algo más que una biografía*, Sevilla, Gráficas del Sur, 1969, p. 303.

en 1852, dijo que lo que le movió a escribir esa historia no era otra cosa que contar «en lisa prosa castellana lo que realmente sucede en *nuestros* pueblos de España, lo que piensan y hacen *nuestros* paisanos en las diferentes clases de *nuestra* sociedad².

Esos tres *nuestros* están puestos en cursiva por la propia autora y muy deliberadamente enfatizados, con lo que sin duda quería poner el acento en el hecho de que ella, hija de un alemán y una gaditana, pero nacida en Suiza y formada en Alemania, se identificaba, sin embargo, con la vida española, y muy especialmente con los ambientes rurales en los que sitúa algunas de sus novelas. El mismo seudónimo que adoptó para firmar sus obras, *Fernán Caballero*, es un nombre masculino de sabor arcaico, muy castizo, como queriendo decir que, a pesar de sus orígenes híbridos, ella se sentía española por los cuatro costados. No en vano había vivido grandes experiencias en algunos pueblos andaluces como Dos Hermanas, donde su segundo marido, el marqués de Arco Hermoso, poseía la finca La Palma, o El Puerto de Santa María, donde vivían sus padres y adonde doña Cecilia se retiró tras la muerte de Arco Hermoso en 1835.

Vinculada al costumbrismo de herencia romántica y resuelta enemiga de las ideas liberales, situará sus historias en pueblos de ficción que reflejaban, por lo general bastante dulcificadas, las experiencias vividas por ella misma. Así, en *La Gaviota*, Marisalada, su protagonista, vive en el pueblo de Villamar, un pretexto de Fernán para complacerse en sus costumbres, sus vestidos, sus coplas, sus leyendas populares o sus bailes, más que en el análisis psicológico de los personajes o en los posibles conflictos sociales del lugar, que brillan siempre por su ausencia. En *La familia de Alvareda* se sirve de

2. «Carta a un lector de las Batuecas», en Fernán Caballero, *Clemencia*, edición de Julio Rodríguez Luis, Madrid, Cátedra, 1975, p. 67.

relatos y leyendas populares recogidas por ella misma durante sus estancias en Dos Hermanas. Y lo mismo ocurre con otros cuentos y relatos breves, como *Un verano en Bornos*, *Simón Verde* o *Episodio de un viaje a Carmona*, del que luego hablaremos, exponentes todos de un interés por la sabiduría popular que anticipa los trabajos de campo que algo más tarde, ya en los finales del XIX, harían destacados folcloristas con más bagaje científico como Antonio Machado Álvarez —*Demófilo*— o Francisco Rodríguez Marín, recopiladores infatigables de cantares, dichos, cuentecillos y relatos orales de los pueblos de Andalucía.

Entre esos lugares que pueblan los escritos de Fernán, Carmona jugó un papel angular, ya que fue una de las pocas ciudades que aparecen con su nombre real y no ficticio, con sus calles, sus iglesias, sus personajes arquetípicos, el carácter, los hábitos y creencias de sus gentes... y un sinfín de detalles realistas que reflejan muy bien el afecto que doña Cecilia dispensaba a este lugar. Tal ocurrió en una novela de título bien significativo para los carmonenses: *La Estrella de Vandalia*, escrita en los años cincuenta del siglo XIX³.

Después de una dedicatoria a su amiga, la carmonense doña Dolores Tamarit, en la que elogia sus virtudes, y de relacionar la novela con «el encanto de los recuerdos que conservo de este lindo pueblo», el capítulo primero es una descripción muy complaciente y sin duda muy idealizada de aquella Carmona donde ella había vivido algunas temporadas: sus monumentos, sus escuelas, su magnífica vega, y la condición y el carácter de sus habitantes, concentrados —dice— en dos grandes virtudes: la limpieza y aseo en el orden material («un aseo excesivo, tan general y tan erigido en

3. Para este estudio utilizo la edición de *La estrella de Vandalia* publicada, junto a *¡Pobre Dolores!*, en el volumen de las *Obras* de Fernán Caballero titulado *Relaciones* (Madrid, Establecimiento tipográfico de F. de P. Mellado, 1857). La obra contó con un extenso prólogo de Joaquín Francisco Pacheco.

costumbre, que no lo ostentan, ni lo pregonan, ni aun lo notan») y el sentimiento religioso y caritativo en el orden moral:

Y hemos presenciado allí tales rasgos de ambas sublimes virtudes (que en sí resumen todo el Decálogo: A DIOS SOBRE TODO Y AL PRÓJIMO COMO A TI MISMO), que hemos exclamado con entusiasmo que bien merece Carmona la denominación que le dieron los romanos y le otorgaron por armas, que es una estrella con este mote: «SICUT LUCIFER IN AURORA, SIC IN VANDALIA CARMONA». Como brilla la estrella de la mañana en la aurora, brilla en Vandalia Carmona⁴.

La intención de doña Cecilia es en tal modo panegírica para con la ciudad de Carmona, que no podrá sorprendernos el argumento de la novela, todo un pretexto para entonar sin el menor sentido crítico las supuestas virtudes de su gente. Un idealismo de corte romántico sublima el comportamiento de sus habitantes, tanto de la clase más pudiente como de los más pobres y necesitados, y envuelve la trama en una atmósfera exageradamente literaria por blanda y por benévola. La historia comienza en la casa de una señora rica, viuda de don Juan Trigo (repárese en la alusión indirecta al cereal de la vega, el principal producto agrícola de la ciudad, aunque posteriormente lo sustituya por Trillo), con dos hijos de corta edad, cuya formación pone en manos de uno de los frailes exclaustros del convento de San Jerónimo, una suerte de «sabio tonto», que no supo meter en vereda ni a Mauricio, «flojo, dejado y que tenía horror a todo trabajo», ni a Raimundo, «violento de carácter» y «grosero en sus maneras y expresiones», una

4. *La estrella de Vandalia*, ed. cit., p. 10.

personalidad «muy andaluza o, por mejor decir, árabe, sólo faltaba un turbante para ser un Almanzor o un Malek-Adhel»⁵.

La figura del padre Buendía, que era como se llamaba el buen fraile, es sólo un pretexto para ilustrar a los dos vástagos sobre la historia de Carmona y los dichos, refranes, oraciones y cuentecillos de su gente, y a recorrer con parsimonia sus monumentos históricos y sus paisajes, desde la Puerta de Córdoba a la vega y desde el exclaustro monasterio de San Jerónimo a las ruinas del Alcázar, observadas con esa mirada exultante con que el Romanticismo contemplaba la dosis de misterio que habitaba en los vestigios del pasado. En el curso de esos paseos el sacerdote va aleccionando moralmente a los dos niños con dichos y sentencias edificantes, y al mismo tiempo se van encontrando con personas humildes, que protagonizan episodios tiernos y edulcorados, porque toda la novela tiene un aire moralizante, expuesto, eso sí, con amenidad y ligereza.

La acción pasa luego a otro espacio arcádico, esta vez a una casa pobre en la que vivía la abuela de tres niñas encantadoras y que estaba cercana al molino de aceite «que ocupa el punto culminante del picacho sobre el que está labrada Carmona». La descripción de este nuevo espacio es igualmente amable, ya que esa casa es «pobre y humilde», pero, en la misma línea de idealización de lo popular, es, al mismo tiempo, «blanca y florida como la mente de sus moradores». Todo en la gente pobre de Carmona resulta armónico, lleno de paz y de corazones sanos; una pobreza «linda y candorosa», como propia de un pueblo «criado por el Catolicismo»⁶. La narración posee, pues, un tono poético en el que no tienen cabida ni los vicios ni las carencias de la gente. No hay ruptura ni

5. *La estrella...*, ed. cit., p. 19.

6. *La estrella...*, ed. cit., pp. 46-49.

violencia alguna, ni mucho menos lucha de clases. Cada cual, tanto los ricos como los pobres, se contenta feliz con su suerte.

Esa poetización se proyecta también al plano formal y estilístico, con pasajes elevados en la descripción de paisajes, flores y costumbres populares, y de vez en cuando —fiel al conservadurismo radical de la autora— algunas puyas e ironías contra el progreso y contra la mentalidad liberal, de la que doña Cecilia era una más que notoria adversaria. Así, al describir Carmona, dice que «todo en la ciudad es antiguo, bello y digno», pero

sólo en su parte más alta a la derecha, esto es, hacia el Levante, ha labrado la era moderna un feísimo telégrafo, que lleva la matrona como signo de actualidad en su frente, en la que aparece una verruga. No es culpa nuestra si los telégrafos son feos, si son caricaturas de torres, si hacen muecas, como decía un amigo nuestro; si, simbolizando la velocidad, son unas moles pesadas y sin gracia, [si] careciendo de belleza en su forma y de poesía en su objeto, [son] grotescas esfinges que solemnizan la cotización de la Bolsa⁷.

Esa inmersión en la casa pobre es de nuevo un pretexto para idealizar la pobreza, defender una religiosidad popular del todo ingenua y sentimentalista y recoger una vez más, en esta ocasión por boca de la abuela, oraciones, cuentecillos, refranes, chascarillos y acertijos del lugar, así como graciosos vulgarismos como *mae* por *madre*, *pae* y *paecito* por *padre* y *padrecito* o *naide* por *nadie*. En ese sentido, la abuela ejerce una función paralela a la del padre Buendía, éste en clave culta y aquélla en clave popular. Tal sucede, por ejemplo, con el cuentecillo del judío errante, aludiendo al Cristo de la Veracruz:

7. *La estrella...*, ed. cit., p. 8.

—Como que es este Señor un traslado del de la Vera-Cruz, de quien dijo Juan Espera-en-Dios que era idéntico al Señor —dijo la anciana.

—¿Quién es ese Espera-en Dios, madre-abuela? —preguntó Gracia.

—Es el Judío errante.

—¿Y quién es ese judío, abuelita? —preguntó Antonia.

—Ese judío —contestó la abuela— es un zapatero que vivía en Jerusalén en la calle de la Amargura, y cuando el Señor pasó por ella con la cruz a cuestas, al llegar a la puerta de su casa, iba tan destrozado y exhausto, que quiso descansar en ella, y le dijo al dueño: «¡Juan, sufro mucho!» Y Juan contestó: «¡Anda, anda, que más sufro yo, que estoy aquí cosido al remo del trabajo!». Entonces el Señor, viéndose tan cruelmente despedido, le dijo al zapatero: «¡Pues anda tú, anda... hasta la consumación de los siglos!». Al punto aquel hombre sintió que andaban sus pies sin él moverlos ni poderlos retener, y desde entonces empezó a andar, a andar... y desde entonces anda sin nunca pararse, y andará hasta la consumación de los siglos, ¡para que se cumpla la maldición de Dios que se atrajo!⁸.

De entre los muchos motivos de la cultura oral de Carmona que Fernán recoge en su novela, traigo a colación este del judío errante sólo como una muestra de hasta qué punto concibe su relato como un marco en el que insertar todo ese acervo popular que tanto le interesaba. Por eso la novela, más que un relato bien articulado y verosímil, es más bien una pura sucesión de escenas de costumbres destinada a hilvanar un material folclórico. Ni siquiera sé, sin embargo, si todos esos materiales proceden en verdad de Carmona o si han sido extraídos de trabajos de campo que la autora llevó a cabo en otros muchos puntos de Andalucía.

8. *La estrella...*, ed. cit., p. 62.

Pero un nuevo acontecimiento alterará la vida de la familia Trigo o Trillo: ha muerto un hermano de doña Amparo, y ésta queda como tutora de una sobrina beneficiada por su padre con una gran herencia. Esa niña, llamada Trinidad, era, dice la autora del relato, «el engendro de lo indefinido y de la monotonía», pero la señora abrigará la idea de casarla con su hijo Mauricio: «el pazguato Mauricio» con la «pánfila Trinidad». Raimundo, el otro hijo, quiere irse a Sevilla a estudiar para abogado y, aunque la madre se opone, no logra impedirlo, lo que da pie a Fernán Caballero para introducir una reflexión crítica sobre los cambios que había traído la Revolución, entre ellos el debilitamiento del principio de autoridad de los padres sobre los hijos. Hay también en la familia un criado gallego, exponente sin duda de tantos como en el siglo XIX emigraron a Andalucía desde aquella lejana tierra. Doña Cecilia, que no pierde punto en lo tocante a su interés por los perfiles folclóricos de sus personajes, aprovechará de inmediato para poner en su boca algunos galleguismos, entre ellos el uso del pronombre personal enclítico en expresiones del tipo «impórtame» por «me importa» o «paja» por «paga», lo que da lugar a graciosos equívocos.

Entre tanto, Mauricio, en lugar de estudiar Derecho, se dedica a divertirse y a perder el tiempo en francachelas con las cigarrereras de la Fábrica de Tabacos, mucho tiempo antes, claro está, de que el imponente edificio fabril albergara las facultades universitarias. Pero en el imaginario popular la cigarrera era entonces, con razón o sin ella, uno de los arquetipos de la hembra disoluta o cuando menos de mujer de rompe y rasga. Recordemos el precedente literario de la *Carmen* de Mérimée y, ya a finales del XIX, la imagen que trazó el francés Pierre Louys en su novela *La mujer y el pelele*, cuya versión cinematográfica con la figura de Brigitte Bardot recuerdo haber visto rodar en los años cincuenta en las calles de Sevilla. Por ello doña Cecilia concluirá con gracejo que «llegado que hubo [Mauricio] a Sevilla... se matriculó en la sociedad del tabaco,

y no en la Universidad», y que intimó «con las cigarreras, y no con los profesores»⁹.

Dentro de esa basculación narrativa entre la casa rica y la casa pobre, se entra de nuevo en este último espacio, en el que José, el padre de las dos niñas del principio, enferma y muere, dejando a la abuela y a las huérfanas en la pobreza más absoluta, sólo aliviada por el buen corazón de Alonso, un alma buena que se había apiadado de la familia. La conformidad cristiana ante el dolor envuelve, sin embargo, a estos desgraciados: «Dios me crio, Dios me mantendrá». Es una desgracia sobrellevada sin tintes sombríos ni rencores, mitigada por el amor puro que comienza a brotar entre Gracia y Alonso. Un blando sentimentalismo sin matices críticos inunda toda la escena. No hay lugar para el reproche y mucho menos para el conflicto social. El mundo —recordando el poema de Jorge Guillén— está bien hecho: el rico es feliz en su riqueza y el pobre en su pobreza.

Pero como *La estrella de Vandalia* tiene bastante de novela noria, tal como se definió en su día *La colmena* de Cela, es decir, de repetición alternativa de los espacios narrativos, la acción vuelve de nuevo a la casa de la viuda rica, donde reina la tristeza porque no se sabe nada del paradero de Raimundo, salvo las deudas que su madre tenía que pagar de vez en cuando. Un día que su hermano Mauricio y el padre Buendía viajaban por la provincia de Cádiz lo encuentran hecho un desastre físico y anímico en una itinerante tuna estudiantil. Vuelto a su casa de Carmona como hijo pródigo, se muestra de nuevo como un fatuo y un presumido que por ambición dineraria quiere quitarle la novia a Mauricio. Éste, que estaba enfermo, se agrava con la noticia y muere. Entonces Raimundo se casa de inmediato con su prima Trinidad, de cuyo matrimonio nace un niño. Para confeccionar su ropita, entra en la casa de costurera

9. *La estrella...*, ed. cit., p. 92.

Gracia, aquella niña pobre a la que el joven había piroleado años atrás en broma como «La estrella de Vandalia». Idealizada por la autora, Gracia, exponente de la honradez aldeana, se expresa en un lenguaje poético y elevado, y rechaza con dignidad la relación que le propone el señorito. «Serás mía», le dijo Raimundo; «Antes muerta», le replicó ella¹⁰. Y una coplilla popular enmarca esa inquebrantable determinación de la muchacha: «En el cielo no hay faroles, / que todas son estrellitas. / ¡Qué bien parece, señores, / la honestidad en las mocitas/ y la razón en los hombres!»¹¹.

Gracia y el bueno de Alonso deciden casarse. Raimundo, ciego de ira, quiere impedirlo. Y la noche anterior a la boda asesina a Alonso de un disparo, aunque en Carmona nunca llegaría a saberse oficialmente quién había sido el autor del crimen. La narración adquiere, como puede verse, tintes de tragedia rural, perfiles melodramáticos de signo romántico, lo que propicia por parte de la narradora largas reflexiones sobre el problema de la maldad humana. Un amargo remordimiento va poco a poco aquejando a Raimundo, que se vuelve «aislado, taciturno, bronco, irascible, hostil a toda cosa y a toda persona, en particular a su mujer, a quien odiaba»¹². Gloria entra en un convento, y el hijo de Raimundo, único ser al que éste amaba, sufre un accidente mortal con la misma escopeta con la que su padre había matado a Alonso. Fue un accidente, pero también un acto de justicia del destino contra la maldad de Raimundo. Éste vivirá envuelto en el dolor algún tiempo más, mientras, desde una celda de un convento, Gracia, la Estrella de Vandalia, supo que todo había sido obra del dedo de Dios.

Éste es, en apretada síntesis, el débil hilo argumental de una novela con dos características muy del gusto de Fernán Caballero.

10. *La estrella...*, ed. cit., p. 126.

11. *La estrella...*, ed. cit., p. 132.

12. *La estrella...*, ed. cit., p. 143.

Una estrictamente estructural, ya que no pasa de ser un hilván de costumbres populares y de materiales folclóricos. Y otra de carácter conceptual, ya que, en conjunto, más que una visión realista de la vida de Carmona, lo que la autora nos muestra es una sublimación de la misma, edulcorada y tierna, radicalmente falsa, y por ello todavía muy supeditada a la estética romántica. Por eso, al frente del capítulo VI colocará una cita de Balzac que refleja muy bien sus pretensiones: «La misión del arte es espiritualizar la naturaleza», frase que me recuerda aquella otra de don Juan Valera afirmando que en *Pepita Jiménez* se había propuesto no pintar las cosas como son, sino más bellas de lo que son. En ese sentido, *La estrella de Vandalia* no es mucho lo que nos aporta para conocer la intrahistoria real de esta ciudad andaluza a mediados del siglo XIX. Es más bien un desiderátum ideal que un retrato fidedigno, una imagen que enmascara las inevitables tensiones internas que sin duda se darían en aquella época, como en todas, en un enclave rural como Carmona.

Más interés, en lo que a la pequeña historia de Carmona se refiere, tiene conocer las claves que llevaron a Fernán Caballero a escribir la novela. Y estas claves fueron familiares y amistosas, ya que tenemos constancia de que visitó alguna vez este lugar y que en él pasó al menos una larga temporada. El motivo de esta estrecha relación de Fernán con Carmona venía por parte de su marido, Francisco Ruiz del Arco, marqués de Arco Hermoso, cuya sobrina, Francisca o Pancha de Castro Ruiz del Arco, hija de Francisco de Paula Castro y de Manuela Ruiz del Arco, tenía casa en el pueblo sevillano y en ella acogió a su tía, que se desplazó en coche desde Sevilla por el camino de Mairena del Alcor. En el curso de esa estancia escribió precisamente *La estrella de Vandalia*, que dedicó a otra señora carmonense, doña Dolores Tamariz, emparentada también con Pancha. No es éste el momento para detenerme en esta información genealógica. Lo que ahora importa es subrayar que Fernán Caballero mantuvo con Carmona una relación muy

estrecha, y que en Carmona debió sentirse muy bien acogida por sus sobrinos y sus amistades.

Sí quería destacar de modo particular las alabanzas que Fernán hace de doña Dolores Tamariz y de doña Dolores Quintanilla, persona esta última que da nombre a una importante calle de Carmona. De la primera, hermana, al parecer, de un sacerdote carmonense conocido por sus obras benéficas en favor del pueblo, dice que, entre los recuerdos que conserva de este lugar, «el más lisonjero y el más grato a mi corazón [es] la amistad con que me honró una persona, que, por su clase, por su mérito, por su delicada benevolencia y exquisita finura, ocupa en Carmona, como ocuparía en todas partes, un lugar tan distinguido y preferente»¹³.

Y en cuanto a doña Dolores Quintanilla, Fernán refiere en su novela *Clemencia* un suceso que al parecer ocurrió en Carmona, pero que ella traslada de lugar y de protagonista. Fue el incendio de un cortijo en el que ardieron las mieses que el dueño tenía concedidas a los pobres del lugar, con los que tuvo el rasgo caritativo de suplirles su pérdida con las suyas propias, que sí se habían salvado. Pues bien, en una nota que la misma Fernán puso a pie de página, escribe literalmente: «Este rasgo, referido exactamente, pertenece a la difunta y poderosísima viuda de Quintanilla de Carmona, que fue una de las señoras más nobles, más ricas y caritativas de Andalucía. Muchas veces hemos oído preguntar a los extranjeros y personas ricas de las ciudades en qué gastan esos poderosos propietarios de tierra adentro, que viven oscuramente, sus rentas: respondan los pobres de los pueblos a esta pregunta»¹⁴. Como vemos, doña Cecilia no era precisamente una detractora del latifundismo andaluz.

13. *La estrella...*, ed. cit., p. 3.

14. Fernán Caballero, *Clemencia*, ed. cit., p. 241.

Para concluir, quisiera muy brevemente aludir a otro relato de doña Cecilia que tiene que ver también con este lugar. Me refiero al titulado *Episodio de un viaje a Carmona*¹⁵, escrito, según ella misma dice, con posterioridad a *La estrella de Vandalia*. El texto, muy breve, narra con gracejo algunos lances vividos por ella en aquel viaje de Sevilla a Carmona en una carretela de Manuela Ruiz del Arco y acompañada por uno de los hijos varones de esta señora. Y después de un poético elogio de las bellezas naturales del camino, de las flores y de los pájaros, la acción se centra en la llegada al pueblo de Mairena del Alcor, un lugar, según ella escribe, «sin gusto y sin simetría, pero alegre, según la expresión del país, *riéndose*, hermo-seado y señoreado por las torres de sus iglesias y de sus molinos de aceite»¹⁶. Sigue un elogio de su famosa feria y, en contraste con esa fama que llegaba hasta el «París de la Francia», el lamentable estado del camino, lleno de baches y de peligros de volcar el coche. Todo ello un simple pretexto para introducir un chiste popular que a Fernán sin duda le divertiría mucho.

En efecto, interpelados los maireneros sobre la razón de que el camino estuviese impracticable, uno de ellos se atrevió a contestarle del siguiente modo:

—Señor¹⁷, ¿ve su mercé a éste, y a éste, y a éste, y a éste, y a mí? —Y señaló a su vecino y sucesivamente a todos los que formaban el grupo, incluso su propia persona.

—Sí, señor, —le dije—; ¿y qué tenemos con eso?

—Pues si nos mira su mercé bien, verá que ninguno se ha roto las narices¹⁸.

15. Fernán Caballero, *Obras*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1910, pp. CXLV y ss.

16. Fernán Caballero, *Obras*, ed. cit., p. 180.

17. La autora mantiene el género de su seudónimo masculino.

18. Fernán Caballero, *Obras*, ed. cit., p. 145.

Tras el inmediato comentario de Fernán, complacida en el gracejo de su interlocutor, asoma una vez más su impenitente pasión de verdadera folclorista. Por eso añade:

Nada tuve que contestar, y sí sólo que admirar riendo toda la profundidad y contundencia de una réplica que sólo un andaluz hubiese encontrado, encerrando en tan pocas palabras tanto sentido. Efectivamente, si los pobres no transitaban por aquel camino sino en el coche de San Francisco¹⁹, o en la montura de Sancho Panza, ¿qué se les iba ni se les venía en que para aquellos que lo pasaban en coche, diligencias o galeras estuviese en mal o buen estado, ni qué se les daba de que ofreciese a éstos más o menos comodidad?²⁰

Ignoro si, más allá de la preocupación folclorista de Fernán, hay en esta salida final alguna retranca carmonense contra los naturales de Mairena, muy propias, como es sabido, del habitual pugilato entre pueblos vecinos. En cualquier caso, quede aquí —y con esto concluyo— como una muestra de hasta qué punto tanto *La estrella de Vandalia* como el *Episodio de un viaje a Carmona* reflejan bien a las claras cómo la novelística de doña Cecilia, tan innovadora y cercana al realismo en su técnica narrativa, está informada todavía por el idealismo romántico en la elección de los temas y en la pintura de caracteres. Anticipadora del folclorismo moderno, su atención al patrimonio de la cultura popular es, en mi opinión, uno de sus valores más genuinos y más merecedores de elogio.

19. Hoy diríamos el coche de San Fernando, «un ratito a pie y otro andando».

20. *La estrella...*, ed. cit., p. 183.